

CUENTO N° 127

TÍTULO: SÁBANAS DE SEDA

SEUDÓNIMO: EBONNAFFÉ

AUTOR: EDUARDO DAGOBERTO PAREDES PAREDES

SABANAS DE SEDA

EBonnaffé

El Roll Royce se detuvo a la altura de la alfombra roja. El portero, de impecable uniforme bermellón, sombrero de copa y albos guantes, acudió solícito y le abrió la puerta. A continuación, lo condujo por una escalinata, hasta que el espigado y buenmozo Adrien se halló dentro del salón donde se llevaba a cabo una exposición de pintura clásica.

El lugar se encontraba colmado de gente linda. Era de entender que todo el dinero de Paris se había dado cita allí. Por el exclusivo lugar de blancas paredes, tenue luz de tono visón, y con aroma a finos perfumes que se entremezclaban, circulaban mozos de negro con humita blanca, ofreciendo champagne Moët Chandon y tentadoras masitas. Los varones lucían selectos smokings; las damas enfundadas en trajes de noche de famosos modistos. Un terceto, compuesto por violín, viola y violonchelo, envolvía el entorno con tenues melodías.

Adrien departía con un jeque árabe en el momento que *ella* cruzó la sala en busca de una copa de champagne. Se disculpó con el dignatario y se encaminó tras la bella mujer de traje negro. Christine no se sorprendió cuando Adrien se presentó. Al contrario, sonrió coqueta e intercambiaron breves palabras y luego se perdió entre la multitud.

Adrien marchó tras ella instalándose a prudente distancia. Solo deseaba observarla segundos, minutos más. Advirtió cómo movía sus labios, cómo sonreía, cómo seducía inclinando la cabeza hacia un costado en el instante que entornaba los ojos. La elegancia con que acomodaba su cabello, agregaba una nota más a

su encanto. Aquello bastó para que corazón, alma y espíritu de Adrien, se vieran inundados por un delirio que ardía. *Necesito abrazarla en sabanas de seda* – se dijo.

Fue la última vez que la vio aquella noche. La guapa de vestido negro, desapareció del brazo de un conocido magnate.

Christine, aristócrata austriaca de reservada edad (*se comentaba de 42*) en encumbrada esbeltez enseñaba piel trigueña y cabello castaño liso que acariciaba su espalda. Contaba con labios voluptuosos en forma de corazón; cejas perfectas, ojos profundos de color del océano; la nariz perfilada y un llamativo lunar sobre su labio superior hacia el lado izquierdo de su cara, enaltecía esa verdadera obra de arte.

Su sonrisa era su mejor complemento, contagiaba. Vivía libre y desinhibida disfrutando de su forma de ser. Sabía producir curiosidad; era su arma; intrigaba; cautivaba.

Los siguientes días fueron tormento para Adrien. La imagen de Christine lo abandonaba en ningún instante. Lo había literalmente hechizado.

Concurrió a remates de obras de arte, a las principales galerías, a desfiles de moda, pero la dama de negro no se presentó. Era como si Paris la hubiera ocultado, temiendo las intenciones del obsesionado Adrien.

Fue presa de bromas de amigos y conocidos, al enterarse de la maniática indagación que realizaba.

Parecía un niño de 15 a sus 49 años. ¿Era posible aquel delirio? Hubo mañanas que al despertar habiendo soñado con ella y tomar conciencia que era solo eso – *un espejismo* –, su enferma mente lo considerara una pesadilla. Ella no estaba ahí, ni en lugar alguno.

Pero hay sorpresas que viajan por la vida como itinerarios no previstos. Son eso; extrañezas que nos regalan al alinearse las energías ocultas, en pro de nuestros propósitos.

En la antesala de una oficina, Adrien cogió una revista de esas de tapa dura y papel satinado que dedican hojas y hojas al *comidillo* de la realeza y aristocracia europea. La impresión que mostró su cara al ver el retrato de Christine desfiló desde asombro hasta júbilo, lo que no pudo disimular voceando un sonoro *¡la encontré!*

La fotografía, que ocupaba buena parte de una página, enseñaba a Christine junto a miembros de la nobleza europea. Bajo la imagen se informaba el próximo enlace entre una princesa belga y un noble italiano.

Los días que faltaban para la boda, parecieronle que no avanzaban. Pero esa alegría que lo envolvía, consiguió que en el trabajo se ofreciera para llevar a cabo menesteres que no le eran de su encargo; revelaba un regocijo impropio, juzgándose otra persona. Los frecuentes silbidos que emitía al desplazarse en la oficina, fastidiaban a los demás, por lo que debió relegarlos al olvido. El estímulo a su alma que imprimió la imagen de Christine, logró que le fuera imperioso

exteriorizar una desconocida felicidad.

Su gozo y excitación se disparó a tal punto en el momento que planeaba su locura, que puede describirse siquiera débilmente con palabras.

Al no estar invitado, con el ingenio de una mente alterada, luciendo conforme la etiqueta lo exigía, ingresó a la gala de la suntuosa boda por la puerta de servicio. Allí estaba ella. Tal como la había soñado una y mil veces. Desplazándose como diva en un mundo distante.

Pacientemente esperó la oportunidad para aproximársele. Tenía, debía en algún momento, antes de que se ubicara en alguna mesa, encontrarla sin compañía. La abordaría recordándole la efímera conversación en el salón de exposiciones.

¿Sería prudente aquello? – se preguntó en más de una oportunidad.

Mas Christine, siendo dama de honor, en todo momento se vio cercada.

Cabizbajo, abatido y con el alma destrozada al ver que todos se acomodaban en las mesas, abandonó el salón prudentemente.

Regresó en auto de alquiler al pequeño departamento que compartía con su amigo Pierre. La vivienda se ubicaba en el barrio Belleville en el suburbio parisino.

Al entrar, Pierre salió a su encuentro agitando en su mano derecha facturas y citaciones para comparecer a un juzgado.

Los demandantes eran: una empresa de Renta Car por el alquiler de un Roll Royce con cheque sin fondos, y Le Maison Couture, por el arriendo de trajes de

etiqueta que aún debía y nunca regresó. Además, su amigo le vociferó que dos receptores judiciales se habían presentado en su busca.

En la mente sangrante de Adrien, *las sábanas de seda* quedaron extendidas por siempre.